

## De la filosofía crítica a la salud mental

Profesor: Erick Antonio Matadamas Hernández

Alumnos y alumnas: Aldo Usiel Gonzales Palafox, Carlos Alfonso Marmolejo Guerra, Frida Esperanza García Durán, Leslie Aimee Jasso Quezada, Zahira Guadalupe Hidalgo Razo  
Escuela de Nivel Medio Superior de Guanajuato

### Resumen

Este artículo es motivado por el fenómeno que representa el deterioro de la salud mental a nivel mundial y especialmente en México. Se plantea que los criterios con los que se evalúa al enfermo mental no son solamente de índole psicológico, psiquiátrico o neurológico, sino también de tipo productivo y moral. En este artículo se abordarán perspectivas marxistas sobre las relaciones productivas, se seguirá con un análisis sobre los aparatos ideológicos del Estado (por su vínculo con las actividades productivas), luego se dará un acercamiento a las propuestas foucaultianas sobre la disciplinización del cuerpo y la población, para concluir indagando en la llamada locura moral de la época clásica y cerrar comentando las definiciones contemporáneas sobre la enfermedad mental.

**Palabras clave:** Salud mental, filosofía crítica, locura moral, biopolítica, aparatos ideológicos.

La salud mental es uno de los grandes temas de la actualidad y la psicología ha logrado ponerlo en el mapa, está peleando contra los tabús de décadas pasadas y luchando incansablemente por crear una cultura para el cuidado de la salud de la mente. Es indudable que el tema es relevante por el solo impulso de la psicología, pero también lo es por la urgencia que ha alcanzado hoy en día; la ansiedad y la depresión por sí solas ya afectan a gran parte de la población mexicana y el número de personas que las sufren parece sólo crecer. Una vez que la psicología ha expuesto el tema de la salud mental, lo ha problematizado e investigado, cabe dar lugar a la labor filosófica; una labor que sin pretender abarcar horizontes que no le son propios (los de la psicología o incluso los de la psiquiatría), va a aproximarse a los conceptos filosóficos que se enredan con las nociones primitivas y modernas de enfermedad mental (loco, insano, etc.), dotando de conocimiento de causa a tales nociones.

Por ese motivo el desarrollo de este artículo es un camino argumentativo, por medio del cual se rescatan aspectos fundamentales para demostrar la relación existente entre la filosofía crítica y la psicología, al mismo tiempo que se vinculan conceptos de la crítica a la economía clásica, con las primeras experiencias de la enfermedad mental y las nociones contemporáneas de salud mental, para finalmente lograr un espacio de discusión en el que la pregunta más pertinente sea: ¿hay utilitarismo dentro de las definiciones más actuales de salud mental?

Para empezar se problematiza la cuestión de la urgencia de la salud mental como tema de salud pública, luego se aborda una selección de fragmentos de la obra Elementos fundamentales de la crítica a la economía política, por medio de la cual se ilustrarán las condiciones de producción a las que son sometidos los individuos en el capitalismo; le sigue un abordaje al ensayo Ideología y aparatos ideológicos del Estado, para comprender las condiciones ideológicas que permiten la reproducción de las fuerzas productivas; luego se analiza la experiencia de la locura moral desde la creación de los asilos y, posteriormente, los hospitales psiquiátricos con base en Historia de la locura en la época clásica I; y para finalizar se rescatan definiciones contemporáneas de salud mental y se someten a ojo crítico recurriendo a todos los elementos anteriores.

La realidad contemporánea es una tela de fenómenos muy complejos de entre los cuales destaca la salud mental. Es importante a tal grado que se ha logrado una recuperación de datos alarmantes relacionados con la depresión y la ansiedad en la población mexicana. Un 9.2 por ciento de la población general de México ha sufrido un episodio depresivo y uno de cada cinco sufrirá uno antes de los 75 años. Esto por sí mismo ya resulta alarmante, pero aún más agravante es dar cuenta de que el 26 por ciento de las personas no serán diagnosticadas (Wagner, Gonzales, García, Peña y Gallo, 2012, p. 3).

Se podría creer que estos números no tienen ninguna consecuencia para la salud pública, mucho menos para la vida pública del país, sin embargo, véase que ocurre exactamente lo contrario. Las consecuencias son considerables. Por sí sola la depresión implica un grado de incapacidad equiparable a cualquier otro problema de salud e incluso mayor. El déficit en el desarrollo de actividades personales y laborales de una persona con depresión implica la pérdida en promedio de 27 días productivos al año (Wagner, Gonzales, García, Peña y Gallo, 2012, p. 5). Sin duda es posible afirmar que se trata de un fuerte problema social, pero su relevancia no termina ahí, es también un problema de salud pública. La morbilidad de las personas con depresión y ansiedad es tan importante que el gasto en salud duplica al de una persona normal, sin contar su atención psicológica y psiquiátrica (Wagner, Gonzales, García, Peña y Gallo, 2012, p. 7).

Para conmensurar la magnitud de gasto que implica para las instancias gubernamentales resulta de ayuda hacer referencia a Estados Unidos, que para el año de 1975 calculó un costo económico total por enfermedad mental de 32

mil millones de dólares, menos que el costo por abuso en el consumo de alcohol, US 43 mil millones, y mucho más que por el consumo de drogas, US 10 mil millones (Feldman, 1985). Una realidad que sin duda también podría traslaparse a México si se considera el alto nivel de morbilidad de las personas con enfermedades mentales, y su gasto en salud y en tratamientos psicológicos.

También la Organización Mundial de la Salud hace parte en los datos recabados en vínculo a la salud mental: “450 millones de personas sufren de un trastorno mental o de la conducta. Alrededor de un millón de personas se suicidan cada año. Cuatro de las seis causas principales de los años vividos con discapacidad resultan de trastornos neuropsiquiátricos (depresión, trastornos generados por el uso de alcohol, esquizofrenia y trastorno bipolar). Una de cada cuatro familias tiene por lo menos un miembro afectado por un trastorno mental” (OMS, 2004, p. 4).

Los estudios estadísticos vinculados al tema de la salud mental logran evidenciar la urgencia del problema que representa la depresión y la ansiedad, por eso es adecuado precisar que la población de la que aquí se habla, ya sea mexicana o estadounidense, vive en una economía de tipo capitalista que determina sus condiciones de vida y su ambiente en general, a grado tal que conocer esas condiciones es una herramienta fundamental para comprender la naturaleza y el origen de dichos problemas. Partiendo de esta reflexión resulta imperioso comprender de qué modo el individuo común interactúa con su ambiente, en especial con los modos de producción del capitalismo, para así adquirir un horizonte más completo desde el cual entender al individuo objeto de la enfermedad mental.

Es adecuado precisar que la naturaleza de esta investigación sigue al materialismo de corte marxista, pues tal y como Karl Marx sostiene en una de sus más famosas referencias, es necesario comprender primero la infraestructura (la realidad material) para luego dar cuenta de la superestructura (realidad ideológica, cultural, política, etc.) en su relación de mutua dependencia. Así, tal y como Marx afirmó: “No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, por el contrario, es la existencia social la que determina su conciencia” (2005, p. 182), lo cual no es sino otro modo de referir esta relación donde la realidad material, es decir la existencia social, determina la conciencia del individuo, es decir, su realidad ideológica. De aquí que sea tan importante explorar la infraestructura en la que se desarrolla el sujeto.

Las condiciones de vida en las que se inserta el individuo tienen sentido sólo junto con las fábricas y las dinámicas internas que los empresarios o burgueses reproducen en éstas, ejemplos claros son el capital fijo y el capital variable, elementos fundamentales para el funcionamiento de una empresa; el primero se refiere al capital mínimo que no puede retirarse bajo ninguna circunstancia; y el segundo se refiere a ese capital que sí puede modificarse, ya sea que aumente o disminuya, ahí se encuentra al obrero contemplado dentro de la empresa, objeto de un movimiento variable en lo que le corresponde del capital (lo cual bajo ninguna circunstancia implica que el obrero sea dueño de cierta parte del capital de la empresa, sino simplemente que éste es contemplado dentro de los gastos de la misma), por eso a este capital variable se le llega a llamar capital social variable. Así, al individuo trabajador se le convierte en objeto de cuantificación, ya sea que se le aumenten las horas de trabajo sin aumentar su salario, se le reduzca el salario sin reducirle su jornada laboral, o se le despidan porque simplemente ya no es requerido, todo en función de las necesidades de la empresa. Que no resulte extraña la naturaleza de estas observaciones ni de sus términos, pues es el mismo Marx quien en su obra Elementos fundamentales para la crítica de la economía política analiza este tipo de fenómenos de la producción capitalista y, desde luego, el papel que el obrero desempeña en ésta. Así, entre otros objetos de análisis se encuentran también el dinero, el salario, el plusvalor, la producción y el consumo, todos sumamente útiles para explorar el papel del individuo dentro del capitalismo.

Ahora bien, es adecuado precisar de manera excesivamente esquemática qué es el capital, pues no se trata simplemente de dinero guardado en las arcas bancarias, es un fenómeno más complejo que tiene lugar tras definir los distintos valores y funciones del dinero. El dinero en un principio no guarda ninguna naturaleza malévol, como algunos marxistas podrían creer, ni tampoco una naturaleza enriquecedora, como algunos liberalistas económicos afirman, sino que se trata de una herramienta por medio de la cual se establece el valor del trabajo detrás de las mercancías; un paso adelante que acaba con el primitivo trueque en el que era arbitrario el valor que se le daba a los bienes de un individuo con respecto a los del otro. Sergio Pérez, experto comentarista de Marx, habla sobre el valor y el trabajo, señalando lo siguiente: “Exigen que se constituya un mecanismo que permita hacer homogéneos todos los trabajos independientes y se distribuya el trabajo social sin que exista ningún acuerdo previo entre todos los productores independientes” (2018, p. 223), ese mecanismo referido es el dinero y cumple con la función de conmensurar el valor de dos bienes distintos que de otro modo no habrían sido comparables.

Aquí es sumamente importante hacer énfasis en que el dinero es una herramienta, sólo un medio simbólico con el cual se representa el valor del trabajo y que, distinto a lo que se pueda creer, no posee valor por sí mismo, sino sólo con relación a la función que cumple en la sociedad y para el individuo, en esto Marx es muy puntual:

“Si la transferencia del producto del vendedor al comprador y la transferencia de moneda del comprador al vendedor se realiza simultáneamente, el dinero juega la función del medio de circulación. Si la transferencia de la mercancía precede a la transferencia de dinero y la relación entre el vendedor y comprador se transforma en una relación entre acreedor y deudor, el dinero sirve para cumplir la función de medio de pago. Si el vendedor conserva el dinero que ha recibido luego de la venta y posterga el momento en que entrará (mediante la compra) en una nueva relación de producción, el dinero adquiere la forma o la función de medio de atesoramiento” (Citado por Pérez, 2018, p. 219, de I. Roubine, *Essair sur la théorie de la valeur* de Marx, pp. 58-59).

El dinero aparece como medio de circulación, medio de pago, medio de atesoramiento e incluso puede aparecer como valor de uso en forma de una herramienta más práctica y trivial, cumpliendo la función de yesca seca, pero ¿en qué momento el dinero se vuelve capital? ¿Qué relación sostienen el obrero y el burgués con el dinero? En respuesta a la primera pregunta, hay todavía un modo del dinero que no se ha mencionado, se trata del dinero que produce más dinero y que goza de los medios de producción y las fuerzas productivas, es decir, “si el dinero aparece en la relación

entre el propietario de los medios de producción <el burgués> y el poseedor de la fuerza de trabajo <el obrero> con el fin de producir una mercancía para la venta, entonces el dinero adquiere la función o la forma de capital" (Citado por Pérez, 2018, p. 219, de I. Roubine, *Essair sur la théorie de la valeur de Marx*, p. 59). En otras palabras, el dinero funge como inversión para mantener a los medios de producción y a las fuerzas productivas generando mercancías, mercancías que introducidas en el mercado aumentarán su valor monetario generando más dinero. Sobre cuál es la relación del burgués (también se le puede llamar empresario) con el dinero, ya quedó dicho, éste es poseedor de los medios de producción y del capital, al mismo tiempo que es quien haciendo uso de la fuerza de trabajo produce más dinero (D-M-D); por otro lado, la relación que el obrero mantiene con el dinero es radicalmente diferente, pues únicamente cumple la función de medio de circulación, lo que significa que nunca es poseedor del capital, sino sólo de la moneda con la cual adquirirá los medios necesarios para su supervivencia (M-D-M). Aparece otro de los grandes elementos de análisis, el salario.

Ya se ha visto superficialmente cuál es papel del individuo obrero dentro de las dinámicas productivas capitalistas, pero la cuestión no termina ahí, ocurre que esta inserción va más allá de la relación que se sostenga con el dinero, llegando al punto en que se produce al sujeto y al mismo tiempo se le consume. Cuando se habla de producción y consumo es claro que se trata de las condiciones generales de toda producción planteadas por los economistas clásicos, las cuales a primera vista implican una producción despersonalizada y unidireccional en las que las fábricas generan mercancías y la población común las consume. En cierto sentido es verdadero, sin embargo, la llamada fuerza de producción (elemento indispensable para la producción de mercancías) es humana y debe ser considerada como tal, en esto Marx es muy pertinente: "El individuo que al producir desarrolla sus capacidades, las gasta también, las consume en el acto de la producción (...) Es un consumo de fuerzas vitales" (Marx, 2007, p. 12), lo cual implica necesariamente la creación de un individuo capaz de esa producción y, desde luego, capaz del consumo de sus fuerzas vitales: "Es claro que en la nutrición, por ej., que es una forma de consumo, el hombre produce su propio cuerpo" (Marx, 2007, p. 12). Por otra parte, también se está creando cierto tipo de individuo consumidor, uno que sea sensible a las mercancías producidas (es el mercado el que genera las necesidades del individuo y no el individuo el que orienta la producción de las mercancías), del mismo modo que un sujeto educado es sensible a cierto tipo de arte e igual que hay una marcada diferencia entre vestir a la moda y simplemente cubrir el cuerpo por necesidad primitiva; de tal suerte que la siguiente sentencia se vuelve concluyente: "El objeto no es un objeto en general, sino un objeto determinado, que debe ser consumido de una manera determinada (...) La producción crea, pues, al consumidor" (Marx, 2007, p. 13).

Hasta este punto se rescatan tres maneras en las que el individuo obrero se sitúa con su ambiente: primero, como capital variable y elemento cuantificable dentro de la dinámica productiva de las empresas; segundo, como individuo perfilado para la productividad y, tercero, como sujeto sensible al consumo. En resumen, este es un individuo productivo, consumible y consumidor. Sin embargo, el análisis no se acaba en el mero materialismo marxista, pues aunque las condiciones de producción sugieren ya la creación de un individuo determinado, estas condiciones son como lazos y barrotes que encierran a una bestia, pero que aún no logran dar razón de su mansedumbre. Ese elemento faltante en el análisis es la ideología.

La ideología tiene una función privilegiada como influencia para el trabajador, pues es por medio de ella que se logra esa docilidad que permite la renovación de la fuerza de trabajo, de otro modo, con obreros hostiles y reacios, sería imposible tener a alguna empresa funcionando, así, si ideas de revuelta llegaran a las ensambladoras de autos y se levantara una huelga general, ningún coche se vendería y la empresa automotriz se iría a la quiebra. Por eso es necesaria una ideología, que en este caso es la ideología dominante, es decir, la capitalista.

Así como los burgueses son muy conscientes de la necesidad de la reproducción de los medios de producción, "materias primas, instalaciones, instrumentos de producción, etc." (Althusser, 1980, p. 184), también lo son de la necesidad de la reproducción de la fuerza de trabajo, lo cual se logra por medio del salario, salario que en un principio parece ser sólo lo mínimo necesario para que el trabajador tenga "con qué alojarse, vestirse y alimentarse, en una palabra, con qué quedar en condiciones de volver a presentarse cada día a la puerta de la empresa" (Althusser, 1980, p. 185), sin embargo, lo que respecta a ideología va más allá del influjo directo de la empresa, así aparecen otros elementos que abarcan más espacios de la vida, a estos se les llamará aparatos ideológicos del Estado.

Althusser entiende por aparatos ideológicos del Estado lo siguiente: "Cierta número de realidades que se presentan al observador bajo la forma de instituciones precisas y especializadas" (Althusser, 1980, p. 189). Estos aparatos cumplen la función de reproducir "la sumisión de los trabajadores a las reglas del orden establecido, es decir, la reproducción de su sumisión a la ideología dominante, y una reproducción de la capacidad de los agentes de la explotación y de la represión para manipular la ideología dominante" (Althusser, 1980, p. 185). Hay un extenso listado de instituciones que figuran como aparatos de la ideología, estos van desde la religión, la familia, el aparato jurídico, sindical y hasta el cultural, pero de entre todos sobre sale la institución educativa por la rigurosidad de su presencia, pues en una educación ideal el estudiante debe asistir a la escuela en un periodo que va de entre seis a ocho horas diarias durante al menos seis años para la educación media y hasta dieciséis para la educación superior. No hay duda de que tan solo por su tan consistente presencia resulta excesivamente eficaz en inducir al individuo en la ideología dominante, pues iniciando la educación, durante la niñez, la mente es más dócil e ingenua. Se trata de un largo proceso de normalización en el que todos los individuos van a compartir como base ciertos principios extraídos de la ideología dominante (idioma, historia, literatura, religión, moral, educación cívica, filosofía, etc.), pero que en correspondencia con el nivel de estudio alcanzado se llega a cierto tipo de adoctrinamiento y de función. Tratando de replicar el ejemplo con los niveles de estudio actuales (que por cierto no distan demasiado de esos con los que ejemplifica Althusser) el caso sería el siguiente: los estudiantes que apenas llegan a terminar el nivel de estudio medio superior se insertan como trabajadores para la mera producción; los que continúan estudiando y alcanzan el nivel superior se quedan con los cargos medianos como empleados, funcionarios y pequeños burgueses; y los que llegan al último sector con posgrados tienen varios fines posibles como "agentes de la explotación (capitalistas, empresarios), agentes de la represión (militares, policías,

administradores, etc.) o profesionales de la ideología (sacerdotes de toda especie, que son, en su mayoría, 'laicos' convencidos)" (Althusser, 1980, p. 194).

En conjunto debe quedar claro que todo individuo inserto en el sistema de producción capitalista, además de sufrir de un condicionamiento material, vive también un condicionamiento ideológico que se traduce en un extenso proceso de normalización, todo en servicio de los intereses de la clases social dominantes y su ideología. Con todo lo dicho quede por concluida la primera parte de este artículo, que cumple con el fin de dar un abordaje a la realidad material e ideológica que conforman el ambiente del individuo moderno.

Ahora bien, como acercamiento introductorio a las experiencias primitivas de la locura es necesario señalar que no se va a hablar del mismo individuo que en el caso anterior, puesto que se tratan análisis radicalmente diferentes, uno revisa la experiencia económica y el otro la experiencia cultural/histórica, y, además, se ubican en momentos distintos, el caso anterior se situaba al inicio de la Revolución Industrial con los principios del capitalismo y el próximo caso entre el siglo XV y XIX.

La experiencia de la locura que compete a este artículo no es esa que la historia de la humanidad ha cargado consigo en figuras como el poeta iluminado que da discursos en mitad del ágora griego, tampoco del sujeto medieval con pequeños momentos de brillante lucidez ni ese de la nave de los locos que iba de bahía en bahía; en este caso es de interés la locura moral que aparece justo en el siglo XIX y que se ilustra claramente en un par de casos prototípicos, en primer lugar una mujer de lúcida inteligencia emocional y en segundo lugar un párroco señalado impío. El primer caso consiste en lo siguiente:

"Una mujer de 16 años cuyo marido se llama Beaudoin... publica abiertamente que jamás amaré a su marido, que no hay ley que se lo ordene, que cada quien es libre de disponer de su corazón y de su cuerpo como le plazca, y que es una especie de crimen dar el uno sin el otro" (Foucault, 1998, p. 216).

El segundo caso habla del siguiente modo acerca de un sacerdote:

"Su principal ocupación era prestar dinero con gran interés, y medrar con las usuras más odiosas y más denigrantes para el honor del sacerdocio y de la Iglesia. Fue imposible convencerlo de que se arrepintiera de sus excesos y de que creyera que la usura es un pecado. Él considera un honor ser avaro" (Foucault, 1998, p. 215).

Ambos casos comparten una misma característica: que si eran tratados de locos, procesados y encerrados hasta llegar a un asilo, era únicamente por su no alineamiento a las normas fundamentales de la sociedad, así el hecho de que una mujer afirmara no amar a su esposo era un acto de rebeldía en contra de todas las estructuras misóginas de la época, al mismo tiempo que iba contra la norma cívica, familiar y religiosa; algo semejante ocurre con el sacerdote, pues la usura, el enriquecimiento y la soberbia frente al placer eran actitudes que iban en contra de la norma religiosa, en ambos casos la falta era lo suficientemente grave como señalarlos como locos y ser tratados como tal. De esta situación debe observarse un fenómeno igualmente prototípico, que es que la locura se usa como una herramienta punitiva para castigar lo que jurídicamente era imposible castigar, tal como el caso de no amar a tu esposo o ser avaro. Pero ser tan duramente castigado no es aleatorio, sino resultado de la creencia de que aquello otro que se aleja de lo normal es irracional y que esa irracionalidad se torna bestial, es decir, no humana. Obsérvese en la siguiente cita: "La locura, como la perversión sexual o la delincuencia, es <<lo otro>> de la racionalidad moderna, lo rechazado y expulsado más allá de los límites de la razón" (Pastor y Ovejero, 2009, p. 294).

A finales del siglo XIX tiene lugar un fenómeno importante alrededor del asilo y del modo de ver al loco, ahora se le aprecia como un enfermo mental, objeto de estudio, tratamiento y reinserción social; sin embargo, este movimiento que tiene lugar junto con la creación del primer hospital psiquiátrico no es de índole puramente humanista ni nace solamente de un avance en el conocimiento de la disciplina que estudia a la mente, sino que surge junto la situación económica emergente, el capitalismo naciente exigía obreros cumpliendo la labor de fuerzas productivas, al mismo tiempo que "aproximadamente un 10 por ciento de la población parisina es internada, y el loco, ahora insensato <enfermo mental>, va a ser encerrado junto a enfermos y ancianos, criminales y pobres, vicios y perversos, herejes y ociosos, rebeldes y libertinos" (Pastor y Ovejero, 2009, p. 294), lo cual revela que a pesar de que ese enfermo mental ahora es objeto de estudio, el carácter punitivo del hospital psiquiátrico, antes asilo, como herramienta jurídico policial sigue siendo el mismo, con la modificación de que se orientaría a la reinserción social.

Pero tal reinserción no es ni gratuita ni inocente, sino que va acompañada de una nueva racionalidad, ya no sólo es normal el que sigue a la mora establecida, sino el que sigue a la racionalidad instrumental y trabaja arduamente, véase en la siguiente cita el modo en que se le habla el hospitalizado: "<<si no trabajas, no sales>>", pues se asume que lo normal es aquel que trabaja. Los internos que quieran y puedan serán liberados, los que no entren en razón (razón instrumental, por supuesto) serán sometidos a tratamiento psiquiátrico" (Pastor y Ovejero, 2009, p. 295). Desde luego que ese que no entra en razón es el improductivo. Aquí se encuentra ya el vínculo principal que relaciona de raíz el estudio del ser humano en su no sanidad mental con la necesidad de ser productivo.

Ahora, ante este nuevo panorama se da lugar a una discusión más contemporánea: ¿Cómo se entiende hoy la salud mental? Para este caso es pertinente rescatar un par de definiciones de salud mental, una de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y otra de un estudio de índole filosófica:

"La salud mental es un estado de bienestar en el que la persona realiza sus capacidades y es capaz de hacer frente al estrés normal de la vida, de trabajar de forma productiva y de contribuir a su comunidad" (OMS, 2018).

“La salud mental tiene que ver con la superación del narcisismo y con esto, para formularlo de un modo positivo, alcanzar la meta del amor y la objetividad; con la superación de la enajenación y así alcanzar identidad e independencia; con la superación de la enemistad y con ello la capacidad de vivir pacífica y finalmente lograr ser productivo, que significa la superación de la fase arcaica de canibalismo y de dependencia” (Fromm E., 1990 citado por Ubilla, 2009. P. 161).

De estas definiciones se tienen que rescatar un par de nociones que aparecen en ambos casos, éstas son productividad y contribución a la comunidad; lo que estas expresiones significan es poco claro y penumbroso, parecen carecer de la profundidad real que les corresponde. Se debe reaccionar escépticamente a estas definiciones.

A modo de conclusión queda lanzar la pregunta: ¿Hay utilitarismo dentro de las definiciones más actuales de salud mental? No es una cuestión trivial si se toman en cuenta todos los elementos analizados, ahora es claro que el individuo se encuentra atrapado en una realidad material capitalista, y que ideológicamente está disciplinado por pensar con el capitalismo, perfilado al consumo y al autoconsumo (explotación), ahora queda claro que la raíz del estudio sobre el enfermo mental estuvo orientada a intereses de tipo económicos y jurídico-policiales de naturaleza punitiva, ahora es presente el hecho de que hubo una locura moral. Por eso, haciendo uso de un sano escepticismo, y sin la intención de tomar el lugar de los conocimientos psicológicos, es justo seguir preguntando: ¿La salud mental se desembarazó de su ahora evidente relación con el capitalismo? ¿Será acaso que lo que se entiende por salud mental ayuda a la reproducción de las condiciones de producción? ¿Esta realidad material es la idónea para la salud mental?

Sin la intención de contestar definitivamente a cada una de las preguntas anteriores y obedeciendo a los límites de este artículo se sugieren muchas aristas de análisis para la comprensión de salud mental, pero observando ahora la necesidad de una comprensión aún más profunda de las condiciones históricas, económicas, culturas y, desde luego, filosóficas en las que transcurre el individuo.

## Bibliografía/Referencias

- Feldman, S. (1985). Enfermedad mental y economía. Boletín O.P.S. 98(3).
- Pastor Martín, J. y Ovejero Bernal, A. (2009) Historia de la locura en la época clásica y movimiento antipsiquiátrico. Revista de historia de la psicología. 30(2-3), 293-299. ISSN: 0211-0040.
- Marx, K. (2005). Contribución a la crítica de la economía política. Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2007). Elementos fundamentales para la crítica la economía política, borrador 1857 - 1858. Siglo XXI Editores.
- Althusser, L. (1980). Ideología y aparatos ideológicos del Estado (pp. 183-206). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1970).
- Foucault, M. (1998)., Historia de la locura en la época clásica I. Fondo de Cultura Económica.
- OMS. (2004). Invertir en SALUD MENTAL. World Health Organization. [https://www.who.int/mental\\_health/advocacy/en/spanish\\_final.pdf](https://www.who.int/mental_health/advocacy/en/spanish_final.pdf)
- OMS (2018). Salud mental: fortalecer nuestra respuesta. World Health Organization. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/mental-health-strengthening-our-response>
- Roubine, I. (1977). Essais sur la théorie de la valeur de Marx, J. J. Bonhomme (trad.), París, François Maspero.
- Pérez, S. (2018). La razón en la historia: Hegel, Marx y Foucault. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ubilla, E. (2009). El concepto de salud mental en la obra de Erich Fromm. Revista Chilena de Neuropsiquiatría, 161. <https://www.redalyc.org/pdf/3315/331527716008.pdf>
- Wagner, F., Gonzáles, C. & Sánchez, S. (2012). Enfocando la depresión como problema de salud pública en México. Salud mental. 35, 3-11.